

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos oportuno para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo. Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta. Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece. El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Angela Grassi.—
Hay mas allá, novela, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—
La erupcion del Vesubio, poesia por A. F. Griolo.—
Leontina, por Matilde Bourdon.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA

(CONTINUACION.)

—Sí que la tiene usted, dijo con su vocisita de ángel, hé aquí la llave; aceptela usted de mí.

Paula se quedó con los brazos estendidos y los ojos desmesuradamente abiertos. No acertaba á comprender.

—Aceptela usted, repuso la abuela, no por usted, sino por hacer un beneficio á esa pobre niña.

—Calla dijo una mujer. ¿La casa que ha

comprado Antonio y está tan bien puesta seria para Paula?

—Cabal! respondió la abuelita.

—Mia! mia! murmuró Paula, sofocada por la emocion. ¡Yo tengo una casa! una cama, dos colchones y una hija!...

Luego cayó de rodillas con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos fijos en el cielo... Sus ojos, que despedían rayos de júbilo, mientras sus mejillas se iban cubriendo de lágrimas, cual brillan á la par los rayos del sol y las gotas de la lluvia en los hermosos días de primavera.

Aquel arranque nos conmovió.

Todos alzamos tambien los ojos al cielo!... ¡Oh, cuan bueno es Dios, Julia, que nos ha dado un alma para sentir y el poder de hacer felices!

Después de haber bendecido á la Providencia, Paula se levantó, llenó de apasionadas caricias á María, y fué á besar con santo respeto el vestido de la abuela.

—Vamos á ver la casa, dijo ésta, deseando cortar esta conmovedora escena.

Emprendimos la marcha, y pronto llegamos á una cabaña, algo separada de las demás, y á la cual daba sombra un enorme pino.

No puedes figurarte cuanta fué la alegría de la buena anciana, al ver todos aquellos muebles, que ya eran suyos, y que jamás habia podido poseer!... ¡Cómo los besaba uno por uno, cómo batía las palmas á cada nuevo objeto que descubría, y escitaba su sencilla admiración!

Todos gozábamos con su contento, éramos dichosos con su dicha. Paula era tan buena, merecía tanto la protección del cielo, que la envidia, si asomó allí su enroscada cabeza, tuvo que retirarla al instante avergonzada.

Permanecimos hasta la noche en Pico Verde.

Luego, cuando nos decidimos á marchar, aquellas buenas gentes quisieron acompañarnos con teas encendidas, porque la noche era muy oscura.

Fuimos todo el camino cantando, riendo: ¡en mi vida pienso pasar unos momentos tan divertidos y felices! Y cuando llegamos al llano, cuando nos despedimos de Paula y de Clara, que también quisieron acompañarnos, las risas se convirtieron en lágrimas, pero lágrimas tan dulces que nos dejaron el alma llena de consuelo.

Cuán bien dormimos aquella noche! ¡En qué pensarán los ricos, Julia, cuando hallan espinas en su lecho de plumas, y no se embriagan con el dulce opio del hacer bien, que presta reposo al cuerpo y mil dorados ensueños al espíritu intranquilo?

Ahora que sabes todo esto, no estrañarás que al llegar ya al Pico Verde algunos días después, acompañada de Antonio, fuese recibida en triunfo por Paula y por aquellas buenas gentes, que se agolpaban á las puertas de sus casas para verme y saludarme.

Después que hube contestado, no sin mucho esfuerzo, á las preguntas y á las bienvenidas de todos seguí á Paula, que quería mostrarme el buen orden que reinaba en su casita. En efecto, era así: el suelo y las paredes no ostentaban ni un átomo de polvo; los viejos muebles estaban relucientes, y cual si la ben-

dición de Dios hubiese descendido sobre aquella pobre vivienda, todo habia prosperado: las gallinas se habian aumentado considerablemente; y los pichones, en vez de un par, habia cuatro.

Me habia olvidado decirte que nosotros la habíamos señalado un pequeño haber, aumentado con lo que ganaba Clara cosiendo ropa blanca.

Al rededor de la tapia del corral habian plantado algunas enredaderas y hermosas malvas reales, que ostentaban gran número de flores blancas y sonrosadas.

Mientras la niña me hacía un ramo de ellas, Paula me dijo en voz baja, señalándola con el dedo.

—Es un ángel, señorita, y la bendición de Dios ha entrado con ella en esta casa!

En aquel momento Clara llegó junto á nosotras y me dijo, presentándome el ramo y poniéndose encendida como una cereza.

—Ah, señora! diga usted á mi buena madre que la quiero tanto como á la que está en el cielo.

Estas dos confesiones me llenaron al par de júbilo: es tan grato ver coronadas nuestras buenas obras por un éxito dichoso!

Pero entre tanto el instante fatal se acercaba...

Las sombras estendian por todas partes sus negras alas, y la luna parecia una lámpara de plata colgada en medio de la bóveda celeste.

Mi pobre Linda, cual si presintiese su suerte, habia dejado bruscamente sus juegos, y no se apartaba un punto de mi lado; no cesaba de mirarme... Ni aun las pomposas hojas de las malvas reales habian conseguido fijar ni un solo minuto su atención.

Reuní todo mi valor.

—Paula, balbuceé, exhalando un profundo suspiro; haga usted un nuevo bien, y así Dios continúe bendiciéndola. Guárdeme usted esta cabrita, y cuídela usted mucho, porque la quiero en extremo.

(Continuará.)

Angela Grassi.

¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(CONTINUACION)

Con este objeto no cesó de trabajar para informarse de quien era el protector de Nina y á donde la habia llevado para completar su educacion. El buen padre Antonio, que no tenia motivo para hacer de ello un misterio, dijo toda la verdad y don Luis supo que Nina se hallaba en el convento del sagrado corazon en clase de educanda. Supo tambien que el maestro Adrianesi la sacaba los domingos para llevarla á algunos conciertos, y siguiendo sus investigaciones no faltó quien le dijera que el anciano maestro la destinaba al teatro, tratando de asegurarla un porvenir.

Todas estas noticias sublevaron el ánimo de don Luis, en cuyo cerebro no podia caber la idea que una hija de sus señores pisara la escena, ni pusiese su talento á merced del público.

Porque el señor de Vidal, que habia encanecido al servicio del Marqués del Prado, profesaba un respeto profundo á los títulos noviliarios de sus señores, y miraba como una cosa alta y sagrada todo cuanto les pertenecia.

Fiel y leal hasta el extremo, habiase connaturalizado con las aristocráticas ideas de aquellos á quienes debia posicion y fortuna y una vez fuera de este círculo, todo lo demás le parecia poco.

Empleado toda su vida en aquella casa noble y distinguida, formando, por decirlo así, parte de ella, habia adquirido á su vez algo de la vanidad y el orgullo que dan un título ilustre y un escudo blasonado, y miraba á los demás con una especie de superioridad que se asemejaba al desden y que á primera vista prevenia poco en su favor.

Esta impresion sin embargo desaparecia cuando se le trataba á fondo, pues el corazon de Luis era bueno, su carácter sencillo y honrado, y con estas condiciones era bien facil por cierto perdonarle aquella pueril vanidad y aquel afan de darse importancia que era acaso su único defecto.

Ya sabemos que en su entrevista con Nina, habiase sentido dominado por el dulce ascendiente de la niña, habia obedecido sus deseos, y la habia tratado con un cariño y un respeto que él mismo no se sabia explicar.

El buen hombre hubiera querido llevarse aquella niña, sacarla de su oscuridad, hacer en fin, algo por ella, pero no se habia atrevido sin embargo á contrariar su noble resolucion, y solo, como dijimos en otro lugar, se concretó á remitirle el retrato de su padre que habia querido tener, y que hizo llegar á sus manos por medio del padre Antonio.

D. Luis, á pesar de esto no habia podido olvidar á la niña, y mil veces habia intercedido por ella con el marqués: pero este herido en su orgullo no habia jamás querido escucharle.

El Marqués habia creído enteramente cumplido su deber con el paso que habia dado, y estaba resuelto á no ocuparse más de la infeliz criatura que debia la vida á don Diego.

El señor de Vidal sin embargo no la desechaba de su memoria, ni podia perderla de vista.

Dando vueltas en su pensamiento á mil ideas encontradas, habia creído adivinar en la tristeza que dominaba al Marqués un fondo de pesar y de remordimiento que en vano trataba de disimular: una lucha sorda entre sus resoluciones y su deber que le tenian de continuo violento y sombrío, exasperado su carácter y cubriendo su frente de oscuras nubes.

—Si yo lograra vencer esa tenaz dureza de su corazon, se habia dicho el buen don Luis, si yo lograra que la ternura del amor rompiese el hielo de su alma, tal vez veria lucir en esa frente, abrumada por el tedio, un rayo de alegría un destello de bienestar! ¡Y yo creo que si viera á su nieta, si ella le hablase con aquel acento tierno y grave al par con que me habló á mí; si le mirase con aquellos ojos que parecian mandar y suplicar á la vez, él no resistiria.... vaya ¡qué habia de resistir! La amaria, cederia á todos sus deseos, se reconciliaria con aquel anciano.... porque yo pienso que mi señor no logrará paz mientras que el pobre viejo.... En fin todo se arreglaria, porque aquella niña es un ángel, y los angeles deben tener gran influencia con Dios. Pero ¿cómo lograr que la vea, si él se niega resueltamente á recibir á los otros y ella no quiere nada sin que... Si una casualidad les reuniese, sin saber quien era, y la encontrase.... En fin, allá veremos pero es forzoso hacer algo.

Pasarán algunos dias, y Vidal tuvo precision de olvidarse algun tanto de sus proyectos para atender á otros asuntos que reclamaban su atencion.

El Marqués había recibido carta de una de sus hermanas residente en una capital de provincia, anunciándole que estaba resuelta á pasar una temporada en Madrid con sus dos hijos Clara y Adolfo, pues la carrera de éste á punto de terminarse, y algunos asuntos de gran interés, la obligaban á presentarse en la capital de la monarquía, y residir allí por algunos meses.

La hermana del Marqués del Prado era viuda de un general, muerto en el campo del honor hacia algunos años, como hacia muchos años también que vivía aislada y lejos de la corte.

El Marqués había sentido siempre hacia ella una viva ternura, y al recibir su carta tuvo un momento de verdadera alegría, ajeno á su carácter y á sus circunstancias de entónces.

Dió á don Luis las órdenes necesarias para que fuese recibida dignamente, y pensó que aquella hermana y aquellos sobrinos á quien á penas conocía, iban á alegrar su soledad, y á rodearle de la animación y los cuidados de que carecía por desgracia.

El señor de Vidal con una actividad desusada mandó preparar habitaciones, mandó habilitar todas las dependencias del palacio, y en pocos días los grandes salones, cerrados desde la muerte de don Diego, se vieron abiertos de nuevo y ostentando toda la brillantez de su magnífico mobiliario.

Aquella morada tan aislada y tan triste, tuvo animación, tuvo vida, y al instalarse en ella la viuda del general Miramar y sus dos hijos, pareció que la varita de un mágico había tocado, animándolos, á todos los habitantes del palacio.

La juventud, que es la primavera de la vida, se asemeja á un brillante rayo de sol que fecunda y alegra cuanto tiene en derredor.

La señora de Miramar era una noble dama que había sido muy bella y sobre todo muy bondadosa. La edad que había marchitado en algún tanto la delicada flor de su hermosura, había respetado... digo mal, había añadido nueva esencia y nueva frescura á las eternas flores de su alma.

En cuanto á sus hijos, Adolfo que había cumplido sus veinte años, había heredado la nobleza, la lealtad y la varonil belleza de su padre. Seguía su misma carrera y como él debía ser un modelo de valientes y un ejemplo de caballeros.

En cuanto á Clara era una adorable niña de diez y seis años, bella como un ángel, y pura como una gota de rocío.

El anciano les recibió con verdadera efusión, con santo cariño, pero al estrechar en sus brazos á Adolfo, el recuerdo de Diego hizo brotar

una rebelde lágrima en sus ojos y reemplazar con un gemido la sonrisa que acababa de asomar en sus labios.

Los jóvenes prodigaron á su tío toda clase de atenciones, le colmaron de caricias y juraron que habían de combatir aquella tristeza que cubría de nubes su frente.

En cuanto á la señora de Miramar adivinó con su santo instinto de madre, toda la amargura que se encerraba en el alma de su hermano, y lloró comprendiendo que no podía consolarle.

Queriendo pagar aquel afecto, aquellas atenciones, el Marqués quiso hacer á su familia todo lo más agradable posible su permanencia en Madrid, y rompió su voluntario encierro, y abrió sus salones, y se presentó de nuevo en el gran mundo.

Por una de esas coincidencias que las indiferentes llaman casualidad, y los creyentes providencia, el nombre del maestro Adrianesi y la admiración que una joven desconocida, discípula suya había producido entre la sociedad aristocrática, llegaron á oídos del Marqués, con todo el prestigio de una novedad y todo el interés de un misterio.

Bien es verdad que Nina había causado un efecto indecible, y que por aquellos días no se hablaba de otra cosa en los círculos elegantes. Todos los que la habían oído cantar anhelaban oír de nuevo, y los que no habían logrado escucharla la deseaban más aun, pues la curiosidad añadía un encanto más al mérito que todos concedían á la discípula de Adrianesi.

Nina era una niña desconocida, sacada del fondo de una aldea como un brillante de la tosca piedra en que se esculpta. Nadie sabía quienes eran sus padres, nadie conocía su origen, decía-se solo que el músico la había oído en la función religiosa de una pobre aldea y que se había hecho cargo de educarla presintiendo en ella á la gran artista.

Esto que encerraba una realidad, unido á la figura angelical de Nina, á su aspecto distinguido y modesto al par, á la melancólica expresión de su semblante y á la dulce y triste mirada de sus hermosos ojos, la habían rodeado de un prestigio singular, y de un interés indecible.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez,

LA ERUPCION DEL VESUBIO.

Inmóvil, altanero
refrenando su cólera irritada
bajo el cráter severo,
como guarda el guerrero
el rojo rayo de su ardiente espada,
se lo fingió mi inquieta fantasía
alzando altivo la soberbia frente
que en el inmenso espacio se perdía.
Era el volcan: mi mente abrasadora
su recóndito seno
pretendió sorprender: yo lo soñaba
de eternas llamas y de furia lleno:
yo adiviné las luces encendidas
que en su fondo rodaban prisioneras,
en la cárcel del monte comprimidas:
su corazón de fuego
sentí que en sorda convulsion latía
y audáz volando en mi delirio ciego
mi corazón como el del monte ardía.

No era la azul magnífica montaña
donde murmura el aura lisonjera
donde se eleva la gentil cabaña
y duerme la tranquila primavera,
no era la alegre y cándida colina
donde el monje feliz levanta altares
y el ruiseñor enamorado trina
llenando con su música divina
la agreste soledad de los pinares.

No era el galano y pintoresco monte
coronado de espléndida hermosura,
que borda la estension del horizonte
con línea inmensa de eternal verdura.

Era el vesubio! el monte soberano,
el monstruo atroz: la cárcel infinita
donde la misma mano
que destruyó á Pompeya y Herculano
su cólera tremenda deposita.

El titan despertó: la inmensa boca
del coloso potente

rompió el sudario de perpétua roca
al hervir de su bárbara corriente.
El fuego es su puñal, nada le arredra,
lava vomita el cráter encendido
como cañon de piedra
que estalla con horrísono estampido.
Las peñas arden; las hojosas ramas
de los vecinos árboles gigantes,
son espectros de llamas
que ajitan sus cabezas humeantes.
Roja está la llanura,
rojo el monte y el mar, roja del cielo
la azul y vaporosa vestidura:
desiertos los hogares
que del volcan bordaran las orillas,
y á lo lejos resuenan los cantares
del pueblo que á los piés de sus altares,
misericordia pide de rodillas.

¿Dónde estará el viajero
que á su cumbre ascendió? ¿Dónde el camino?
¿dónde el fácil sendero
en que durmió tal vez el peregrino?
donde el pastor que alegre y confiado
al redil por las tardes dirigía
el valador ganado,
que en el vecino prado
de la fatal comarca se estendía?
¿Dónde los libres pájaros dormidos
que á la cumbre titánica ascendieron,
que allí formaron amorosos nidos
y que en los mismos nidos perecieron?
Las llamas encendidas
que en lo profundo del abismo brotan
destruyeron sus vidas,
y en esas chispas que en el aire flotan
volarán en pavesas convertidas!

También la humanidad desenfrenada
sobre un cráter camina
también lleva su rumbo desbordada
al abismo fatal y á la ruina.
También devastadora
del porvenir anubla el horizonte

la gangrena social que la devora
mas que la lava al corazon del monte.
Tambien ¡ay! como el rayo en el espacio
hierva secreta la funesta lumbre
que amenaza la frente del palacio,
como la lava del volcan le cumbre.
Aplaca ya, Dios mio,
de este mónstruo el tremendo poderío
con un dogal anuda su garganta,
Tú que dijiste «el universo es mio»
y el mundo vaciló bajo tu planta.

A. F. Grilo.



LEONTINA.

POR

MATILDE BOURDON.

(Continuacion.)

—¿Cómo sigue? preguntó ansioso.
—Hace tres horas que tiene calentura, contestó friamente Leontina.
—¿Por qué no has mandado por mí?
¡Al diablo! ¡Bien me guardaría yo! Juana por otra parte de nadie necesita estando yo aquí.
—¡Pobre esposa mia, exclamó!... Y se acercó á abrazarla, pero ella se apartó. René que era hombre de poca paciencia, salió al instante del aposento, diciendo en tono imperioso:
—Si Juana se pusiera peor, te mando que me llames.
Leontina le dirigió una mirada seca y altanera; pero cuando la puerta estuvo cerrada, apoyó su cabeza sobre la cuna y dijo entre sollozos:
—¡Como me trata! ¡Desgraciada de mí! ¡Pobrecita mia! No me queda más que tú!
La carta de la Sra. Delangle allí estaba, pero nadie la volvió á leer.

V.

Julia.

Esta situación, sencilla en un principio, iba complicándose: Leontina, fogosa en todo, exage-

rando la solicitud maternal, y rehusando conformarse á los gustos de su marido, habia alejado á este del hogar doméstico. Hubiera podido atraerlo manejándolo con cariño; pero el amor propio vertió su veneno en esta primera herida. Ya no le hablaba de su abandono, ya se desdenaba de quejarse; una sorda acritud se mezcló en sus penas traduciéndose en frios epigramas que desviaban insensiblemente á René y que ella pagaba con lagrimas secretas. Un poco más de religion hubiera atemperado sus amarguras; un poco más de religion hubiera puesto en manos de Leontina las armas de la fortaleza y el del amor: la fortaleza que soporta, el amor que atrae; pero la vida de mundo y el ejemplo peligroso de su marido habian ahogado poco á poco los gérmenes de la fe que habia recibido en su infancia. Ya no pensaba en Dios. El santo temor que Dios inspira á los que le sirven, ni refrenaba sus palabras ni detenía sus pensamientos. Separada del yugo del Señor, yugo divino, yugo suave y ligero para los que le aman, se precipitaba rápidamente por la pendiente de las pasiones, y estas, no siendo contenidas por la ley de Jesucristo, no tardan en desbordarse de su cauce conveniente. Leontina por otro lado estaba sometida á otra influencia muy distinta de la de Teresa, tan piadosa y tan amable.

El esposo de Leontina tenia una prima viuda desde hacia muy pocos años, la cual amaba los placeres del mundo con una especie de furor. Julia de Thérigny era una de aquellas personas para quienes la vida no tiene mas que dos fases, fastidiarse ó gozar; de aquellas que gastan todas las facultades de su alma, todas las fuerzas para huir del tedio y buscar el placer, el placer vivo, ruidoso, que hace olvidar el curso de las horas y hasta la conciencia de sí mismo. Habia que resolver el problema de divertirse sin cesar. A este objeto dedicaba todo su tiempo, toda su libertad, toda su fortuna: á su casa no acudia más que gente divertida, no se leían mas que libros divertidos, no se hacian más que cosas divertidas.

Ya se dejaba comprender que sondeando esta existencia se hubiera hallado un fondo de disgusto y de fastidio, un vacío que iba en aumento cada dia. Esto explica quizá la amistad de Leontina con su prima. Una mujer sola se divierte poco, y Julia buscaba una camarada, como se dice en los colejos, una confidenta, como se dice en las tragedias, una persona á quien, guardando para sí el papel principal, pudiera confiar otros de menos importancia en el gran teatro del mundo.

Leontina era joven, amable, bien parecida; en una palabra, reunía las cualidades á propósito para hacerle buena sombra: no tardaron, pues, en ser amigas.

Llegó un día en que Juana no tuvo necesidad de tantos cuidados por parte de su madre: andaba, hablaba, y los primeros caprichos de la infancia empezaban á desaparecer. Sus pequeños brazos, que antes sólo se dirigían á Leontina, ahora se abrían ya á la doncella que la hacía reír, á su padre que la hacía saltar, á su abuela que la daba dulces. Leontina no era ya enteramente necesaria á su hija: su corazón celoso y exclusivo, lo sentía bastante.

Empezó á pesar sobre ella un profundo fastidio durante aquellos largos días en que no veía á René; durante las pesadas horas de la siesta, cuando la niña estaba fuera ó jugueteaba á sus pies sin necesitar de ella; durante la noche, cuando la niña dormía y el esposo estaba ausente.

—Nunca seré dichosa, se decía á menudo, nunca; porque René no me comprende, y esta misma niña, esta niña que tanto quiero, ¡también se sabe pasar sin mí!

En una de esas crisis de dolor la sorprendió Julia cierto día. Esta pareció no advertirlo y acaso no lo advirtió, porque nadie hay que haga menos caso de las penas de los demás que esas almas ligeras, y dijo al entrar:

—Querida, no esperaba hallarla á V. en casa: creía que con un tiempo tan hermoso, en un día tan magnífico, estaría V. en los campos Elíseos ó cuando menos en las Tullerías.

—Allí he estado en efecto, no hace mucho, con Juana.

—Y yo he dado una vuelta por el bosque de Boulogne en el carruaje de mi suegra: el paseo ha sido delicioso, pero la sociedad poco interesante. El sol me ha hecho venir deseos de...

—¿De qué?

—De expansión, de viajar; pronto será cosa de ahogarse en París, ¡y se estará tan bien á la orilla del mar!

—Sí, es verdad: ¡el aire, el espacio, la soledad son cosas tan buenas!

—En cuanto á la soledad, ya sabe V. que no me satisface mucho; para mí no hay cosa como la distracción, el movimiento...

—No tiene V. que quejarse en esta parte, dijo Leontina sonriendo: anda V. siempre tan ocupada que su vida puede compararse á la de un ministro.

—Durante el invierno es verdad; las horas se me pasan volando: me levanto tarde, un rato al tocador, un poco de paseo, algo de callejear y

andar por las tiendas; he aquí el día concluido. La noche toda la tengo empleada en visitas, reuniones, espectáculos: así se llega pronto al día siguiente, y en un abrir y cerrar de ojos viene la primavera; pero en verano nadie se queda en París, y es preciso ir á otros sitios para encontrar sociedad.

—El año pasado fue V. á los Pirineos, según creo.

—Sí, he pasado tres semanas mortales en el miserable lugarejo de San Salvador con mi suegra, de donde regresamos en pequeñas jornadas, deteniendonos en Burdeos, en Tours, en Orleans, porque en todas partes ella tiene amigas que ver... El otoño sí que fué para mí delicioso: lo pasé de palacio en palacio.

—Y este año, Julia, ¿qué piensa V. hacer?

—Nada ha resuelto todavía, tengo mil proyectos y ninguno: no sé si ir á Spa y de allí á las orillas del Rhin; si á Escocia con mi amiga lady Liffort; si pasar una temporada en Baden, en Normandía... en Bretaña... en fin, estoy indecisa.

—Ya lo veo, puede V. escoger, pues es libre como las aves del cielo.

—Así es, á Dios gracias; pero se me ocurre una idea, Leontina: ¡si fuésemos juntas á Dieppe! René no diría una palabra; le deja á V. dueña de sus acciones, ¿no es verdad?

—Sí, ciertamente.

—Pues bien, es una idea excelente ¡Ni á mí me conviene ir sola ni á V. tampoco. Partamos, pues juntas, llevando con nosotras si le parece, á Juana. V. gozará de la playa, del mar y de la soledad cuando le convenga, y yo tendré mis reünioncitas, mis distracciones, viviré algo... y cobraré fuerzas para el invierno. ¿Lo aprueba usted?

Leontina se sintió de repente seducida por la idea de este viaje, en que de seguro no podían faltar distracciones: su tristeza pareció desaparecer de antemano, llevada por las brisas del mar ó en alas de las aves de la playa.

—¡Aprobado! contestó con viveza á Julia, y si René consiente, es cosa hecha.

Las dos hablaron largo rato entusiasmadas con su proyecto y prometiendoselas muy felices.

—Si René consiente, continuó Leontina apretando la mano de su amiga, mañana mismo iré á casa de V. para fijar el día de la partida.

El día siguiente después de almorzar habló en efecto sobre esto á René, quien después de pensar un poco, contestó:

—No veo inconveniente en esta escursión.

—¿Llevarás contigo á Juana?

—Sí, la llevaré.

—Perfectamente; tal vez vaya á veros un domingo.

—¡Tal vez! interrumpió Leontina, acentuando la palabra,

—Sí, dijo René con desenfado; si no ocurre otra cosa más conveniente.

—Si no estás invitado ni tienes armada ninguna partida.

—Justamente. Está admirable Leontina; ¿crees estar siempre en la luna de miel?

—¡Ojalá!

—Todo se pasa querida; bastante ha sido durar un año entero. Ahora tratémonos como se tratan los casados después de muchos años de matrimonio, disimulándose mutuamente las faltas y otorgándose cierta libertad en el modo de vivir.

—¿Crees, que esto es bastante para el corazón de una mujer?

—Es suficiente para el corazón de un hombre.

Además ¿no tienes á tu hija, á esa niña á quien amas tan tiernamente y hasta con locura?

—¡Tú ni me quieres ni deseas que yo te ame no sólo eso, sino que hasta criticas el amor que tengo á mi hija!

—Yo nada quiero, nada critico, ni pido más que una cosa, la paz en mi casa y la libertad fuera de ella. Con esto, hasta la vista.

Ellale volvió á llamar, y le dijo tendiéndole la mano:

—Ya no voy á Dieppe: quedémonos juntos como el primer año de nuestro matrimonio.

—Al contrario, véte á Dieppe á tomar baños, que deben ser muy útiles para tus nervios. Vamos, te pones á llorar porque te hablo con el lenguaje de la razón, porque te he dicho que lo que quiero es que seamos racionalmente dichosos: yo te dejo libre, libre en tu casa, libre de ir á ver á tus amigas, de hacer un viaje para tu salud; ¡pero yo también quiero ser libre!

—¿Te lo impido yo por ventura?

—No quisieras tú que yo pasase mi vida aquí junto á la chimenea, diciéndote beberías?

—No quiero nada, nada, dijo Leontina conteniendo sus lágrimas, sin cuidado me tiene todo cuanto haces.

—Entonces nos entendemos á las mil maravillas, contestó René con aire burlon. ¡Ah! mi pobre mujer, ¡qué loca está!

—Esta conversacion, que habia degenerado en disputa, pintaba al vivo la situacion de los dos esposos: indiferencia progresiva en el uno, dolor y cólera en el otro; en ambos el afecto, el santo afecto conyugal próximo á zozobrar como una barca que no tiene lastre y que agitada por las tempestades marcha rápidamente hácia el abismo.

VI.

Cada uno por su lado.

Leontina deseaba sinceramente la soledad y el silencio, como después de una agitacion violenta se desea el sueño. Su alma ulcerada suspiraba por el reposo; así que al hallarse junto al mar, ante aquella inmensidad, cuando ese movimiento rítmico, esa queja armoniosa y melancólica hubieron mecido y arrullado su pensamiento, parecióle haber logrado todo cuanto deseaba. Pero á dos pasos del Oceano, á dos pasos del espectáculo más grandioso que Dios ha presentado á los ojos de los hombres, el mundo zumbaba con sus placeres mezquinos y sus grandes vanidades. Todas las noches los platillos del concierto, las flautas y violines del baile aparentaban tener la pretension de dominar el eterno lamento de las olas; encendíase las arañas en la misma hora en que las estrellas temblaban en el azul profundo de los cielos; cantábase, danzábase en medio de ese lujo de pequenezes, sin ocuparse de la magnificencia siempre variada de la obra divina. ¡Cosa del mundo! Una decoracion que en el teatro de la ópera reproduzca la bóveda del cielo ó la mar con sus olas espumosas atrae á todo París; pero los parisienses cuando están en la orilla del mar buscan distracciones en el concierto y en el baile. En Dieppe y en la época á que nos referimos las mujeres se paseaban cerca de la playa conversando á media voz y haciendo gala de trajes excéntricos que no se hubieran atrevido á vestir en sus propias casas. Julia quiso ir también decidiendo á Leontina á mezclarse en interés de Juana entre las jóvenes madres; paseándose ó trabajando á la sombra de una tienda, vigilaban los juegos de sus hijos, y Juana se juntó muy pronto con toda la caterva infantil. Pero estas madres de la mañana eran las danzantes de la tarde, y estas mismas arrastraron á Leontina en sus ruidosas reuniones. La poesia del Oceano, los esplendores de la puesta del sol, las blanduras de la playa solitaria alternaban con las funciones del casino, y nuestra joven volvió á sentir el gusto del mundo que el primer año de su matrimonio la habia embriagado, y que ahora le ofrecia tanta distraccion para desvanecer la tristeza que habia traído de París.

(Continuará.)

Granana:—Imprenta de «La Madre de Familia.»